

CAPÍTULO 1

EUROPA: LA TIRANÍA SOCIALDEMÓCRATA

En el devenir de la organización política de las sociedades occidentales y, por supuesto, de la española, estamos viviendo un momento histórico particularmente importante. Es uno de esos momentos en los que se percibe como necesario e inminente un cambio de paradigma. La palabra «paradigma» significa «ejemplo», «modelo», y llevamos ya muchos años, sobre todo desde la caída del Muro de Berlín, repensando el modelo de organización de nuestras sociedades. Y si lo estamos haciendo todos, a lo largo de todo el espectro político, es porque el régimen actual presenta signos inequívocos de una fatiga extrema o, en realidad, de su definitivo agotamiento. Este régimen que hoy provoca toda suerte de planteamientos en busca de una alternativa, es la socialdemocracia transpartita, y está vigente todavía en gran parte del mundo.

Fue el conocido sociólogo anglo-alemán Ralf Dahrendorf quien señaló hace varias décadas que Europa se hallaba inmersa en un modelo social, político y económico bastante más estrecho y menos plural de lo que parece, y lo bautizó como el *consenso socialdemócrata*. Aunque discrepo de gran parte de los planteamientos de Dahrendorf en otras materias, creo que describió acertadamente las características del paradigma político iniciado en Europa Occidental a partir de los años cuarenta y cincuenta.

Ese *consenso socialdemócrata* ha marcado y sigue marcando hoy, a grandes rasgos, el camino de nuestro continente. Es, desde luego, el camino por el que nos conduce la Unión Europea. E incluso es el camino que se ha exportado con éxito a gran parte del resto del mundo, incluidos los Estados Unidos —sobre todo con sus tres últimos presidentes, dos demócratas y un republicano, a cual más estatista—. **Pero ese camino que tan amplio consenso ha suscitado es en realidad, como nos advirtió el Nobel liberal Friedrich von Hayek en los años cuarenta, un camino a la servidumbre,** y así lo pone de manifiesto la actual crisis económica.

1. El *cambiaz*o democrático de la Posguerra

La socialdemocracia, en un sentido amplio del término, fue la auténtica beneficiaria de la Posguerra Mundial en el Oeste de nuestro continente. Lo que se restaura en toda la Europa libre tras la guerra no es la democracia liberal, la llamada democracia *westminsteriana* (por el parlamento británico, situado junto a la catedral de Westminster), que había sido pisoteada por los totalitarismos nazi-fascista y comunista. Se produce un sutil *cambiaz*o y lo que se restaura o, en realidad, se instaure, es otra cosa, y a ella nos incorporamos tardíamente, ya en los setenta, españoles y portugueses. ¿En qué consiste? Pues formalmente se parece a aquellas democracias liberales de antes de la guerra, pero ya no es lo mismo porque la socialdemocracia permea en los años cuarenta y cincuenta el sistema entero, infiltra todas las instituciones, todos los partidos políticos y todas las

corrientes de pensamiento que influyen, en esos años, en la nueva configuración de las sociedades occidentales tras el desastre bélico; configuración que seguirá vigente hasta hoy. El paradigma socialdemócrata es robusto, demuestra una gran capacidad de reponerse de las adversidades y se impone contra viento y marea pese a las convulsiones geopolíticas, sobreviviendo incluso a la Guerra Fría de la que en gran medida había nacido.

Esta nueva socialdemocracia es transpartita. Representa, como señala Dahrendorf, el *consenso* de prácticamente todo el arco ideológico. Sus integrantes no la denominan así, por supuesto, y solo se llaman socialdemócratas los partidos que asumen directamente esa etiqueta ideológica, pero en realidad todos los partidos, todos los políticos, todos los gobiernos y todas sus políticas responden desde entonces a una visión de la sociedad y de la economía que, básicamente y en sentido amplio, es socialdemócrata.

2. Un plan maquiavélico

Si los políticos de izquierdas y derechas de aquellos años de la reconstrucción europea se hubieran reunido en secreto para trazar su plan maestro, alguno de los presentes podría haberlo expresado con el maquiavelismo siguiente:

Entre el comunismo totalitario del Este y el capitalismo *salvaje* del otro lado del Atlántico, hagamos aquí un híbrido: tengamos casi tanto Estado como en el Este pero sin su fiereza, hagamos que las personas estén tan dirigidas y conducidas por el Estado como lo

están al otro lado del Telón de Acero, pero que crean dar cada paso voluntariamente, que crean que son ellos quienes deciden el rumbo. Sofistiquemos la ingeniería social para que las grandes decisiones las tome la élite estatal, por supuesto —por algo somos los herederos del despotismo ilustrado—, pero hagamos que no se note, permitiendo y animando incluso el debate social en la vieja dicotomía izquierda-derecha. Una cierta apariencia de conflicto entre opuestos legitimará el sistema y convencerá a los súbditos de que hay libertad plena. Desde luego, nos interesa mucho perpetuar la creencia en esa escala obsoleta de izquierdas y derechas para ocultar cómo están las cosas en la escala realmente importante, la de Estado/Libertad o soberanía grupal/soberanía personal. Esta otra escala es la que hay que hurtar al debate. Hagamos que la sociedad parezca plural fomentando el choque entre estilos y tendencias. Que haya cierta tolerancia incluso hacia los antisistema mientras no se pasen demasiado —mientras se limiten por ejemplo al camping callejero, mientras toda su transgresión consista, pobrecillos, en plantar tiendas de campaña en los centros urbanos—. Que haya permanentemente todo un circo político y social con mucho colorido para mantener una apariencia de espontaneidad. Y, mientras mantenemos esa apariencia, quitémosles tranquilamente la práctica totalidad de lo que ganen. Es decir, en otras palabras, hagamos que en realidad trabajen para nosotros, para el Estado, entre la mitad y el 90% de su tiempo, según el país y el momento del ciclo económico. No se resistirán porque justificaremos ese expolio prestando nosotros directamente los grandes servicios básicos que más les preocupan, haciéndolos así sutilmente dependientes de

esa asistencia monopolizada y cautivos del poder político. Así conseguiremos que veneren a nuestro Estado como a un ente todopoderoso que reparte bienes y servicios, y que acepten al *establishment* que lo dirige. Como no tienen ni idea de economía —y ya nos ocuparemos de que sigan siendo ignorantes en esa materia—, será sencillo convencerlos de que, sin la oportuna y bondadosa intervención del Estado, la sociedad civil nunca habría sido capaz de proveer espontáneamente a sus miembros sanidad, ni educación, ni pensiones, ni infraestructuras, ni asistencia jurídica, ni ayuda a los necesitados. Así lograremos que todos esos millones de individuos, que lógicamente rechazarían la tiranía de un dictador, acepten en cambio, de buen grado, la tiranía ejercida en nombre de las masas y bendecida con el adjetivo *democrático*, ese bálsamo semántico que todo lo ennoblece; porque les habremos convencido de que las imposiciones a la persona, si están legitimadas en las urnas, dejan por arte de magia de ser imposiciones y se transforman en normas justas que hay que aceptar de buen grado. Habremos ampliado la democracia, de ser sencillamente un sistema civilizado para la adopción de las decisiones colectivas, a regir también las cuestiones privadas de cada persona, cada día más, hasta prácticamente hacer realidad *Un mundo feliz* de Aldous Huxley. Y quienes mandaremos, en realidad, seremos por supuesto nosotros: la élite de los intérpretes de esa voluntad popular, la casta estatal todopoderosa (entremezclada, por supuesto, con su *alter ego*, la aristocracia mercantilista de las grandes corporaciones privilegiadas desde el poder político). ¿No es sutil, no es diabólico el plan? La democracia «avanzada» del *consenso socialdemócrata* es en realidad... una *dictocracia*.

Este podría haber sido el razonamiento perverso de los muñidores del nuevo sistema en la Europa de los años cuarenta y cincuenta del siglo pasado, y después en la España y el Portugal de los setenta. Pero no, en realidad no hubo un plan coordinado y esto es solo una simplificación para explicar el problema. No hubo una conspiración formal y consciente, por apasionante que pueda resultar imaginarla, sino la concurrencia gris de innumerables factores y procesos, que es en realidad la que conduce la marcha de las sociedades. Pero fueron muchos quienes, consciente o inconscientemente, **distorsionaron la vieja democracia liberal, estirándola como un chicle para que invadiera ilegítimamente ámbitos que no le eran propios**. Así nació la sofisticada –y carísima– dictadura perfecta de la socialdemocracia generalizada, una nueva y edulcorada tiranía a la que todo el arco parlamentario se amoldó, asumiendo su esencia y haciéndola así transpartita a cambio de participar en el reparto del nuevo poder. Veamos cómo los diferentes grupos políticos se adaptaron al nuevo contexto.

3. Socialdemócratas de todos los partidos

Los socialistas se moderaron en las formas y sobre todo en el fondo, y no tuvieron demasiado empacho en trazar una grácil pirueta desde sus orígenes marxistas hasta el paternalismo ilimitado del primer ministro sueco Olof Palme, representante emblemático del *consenso socialdemócrata*; o, en nuestro caso, hasta el felipismo heredero de la *gauche divine*.

Los democristianos fueron, junto a los socialistas, quienes más fácilmente se adaptaron, porque en realidad eran —y son— simples socialdemócratas con crucifijo, herederos directos del distributismo de Chesterton, esa falsa «tercera vía» entre capitalismo y socialismo que, en realidad, es una forma más de este último, al que llega desde su particular entendimiento del cristianismo aplicado a la economía. El distributismo se basa en gran medida en la Doctrina Social de la Iglesia Católica, tan colectivista y tan profundamente equivocada. Los democristianos abrazaron encantados la socialdemocracia transpartita, y la primera *gran coalición* alemana —a mediados de los sesenta— oficializó esa sintonía entre colectivistas de *centroderecha* y de *centroizquierda*. Pero, más allá de las ocasiones puntuales en que los democristianos han gobernado, en diversos países, junto con los partidos socialistas, el principal ejemplo de esa similitud de planteamientos lo encontraremos, precisamente, en la mucho más extendida estrategia de no gobernar juntos y de representar cada uno, en cambio, el papel de adversario formal y suave del otro. Así, durante décadas, los democristianos actuaron en toda Europa como *partners* leales en la alternancia con los socialistas dentro del oligopolio político, excluyendo así entre ambos a cualquiera que cuestionara el sistema en sí, incluidos los liberales más auténticos. También construyeron entre ellos los grandes pactos «de Estado», en toda Europa y desde luego en España, donde el PP podrá a veces decirse liberal, pero es en realidad un partido democristiano, bastante distributista en lo económico, tradicionalista en lo cultural y nacionalista centrípeto.

Como en Europa, también en la España postfranquista, los democristianos del PP son la imagen especular del PSOE. PP y PSOE son los dos grandes partidos situados —en la manida escala de izquierdas y derechas— a ambos lados del llamado centro político, y se solapan en la cada vez más amplia zona de intersección central, hasta llegar a no diferenciarse más que en la estética. Juntos suelen superar, en buena parte de Europa y también en la mayoría de las cámaras y consistorios españoles, el cincuenta por ciento de los escaños o concejalías. A veces llegan a los dos tercios o incluso a la totalidad, sobre todo en casos de tan feroz bipartidismo como el español, blindado legislativamente por el *establishment* partitocrático desde los setenta. Ambos se suceden en un juego de alternancia donde apenas cambia nada, porque son dos caras de una misma moneda, porque ambos en el fondo están igualmente impregnados por la socialdemocracia transpartita y apenas los diferencia el estilo, los estereotipos que se arrojan mutuamente pero que también cultivan para fidelizar a sus respectivas parroquias, el *look* —beato en unos, «progre» en los otros— y la discrepancia menor sobre alguna que otra cuestión moral.

Por su parte, los partidos puramente conservadores, como los *tories* británicos o como nuestra Alianza Popular de los años de la Transición, aceptaron también altos niveles de estatismo porque, en el fondo, a ellos lo que les preocupa es el orden y la jerarquía, junto al simbolismo y la tradición, y entendieron que este era el nuevo precio que ahora debían pagar para evitar revoluciones y para esquivar, en realidad, cualquier cambio que pudiera afectarles. *La gente de orden* conservadora detesta la innovación y el cambio, aborrece la espontaneidad y la

incertidumbre, y se aferra al *statu quo*. Los conservadores se caracterizan por su obediente reverencia al poder constituido, que adoran incluso cuando no responde a sus ideas. Adictos a la autoridad, les aterroriza el *desgobierno* o la *anarquía* más que el estatismo, y por eso no tienen empacho en participar en la socialdemocracia transpartita, como tampoco lo tienen —en otros momentos históricos o en otras latitudes— en apoyar a dictaduras diversas. Para ellos más vale lo malo conocido, y el consenso socialdemócrata se les antoja, a la postre, bastante tolerable porque resulta eficaz como baluarte frente a la espontaneidad, frente a la libertad, de cuyos resultados desconfían. En España, Felipe González supo como nadie comprender a los conservadores y guiñarles un ojo mientras de cara a la galería pronunciaba encendidas proclamas socialistas, haciéndoles saber entre líneas que podían estar tranquilos. Y los conservadores, como tantas veces en la historia española y mundial, aceptaron el trato convencidos de que más valía un PSOE conocido y pactado que los males terribles que podían caer sobre ellos en una economía libre, en una sociedad libre. Esa es la psique de los conservadores, y es siempre así, y por eso los liberales jamás deberíamos confiar en ellos ni mucho menos sumarnos a sus opciones políticas inmovilistas y estranguladoras de la creatividad y de la espontaneidad.

Incluso los partidos liberales de Europa Occidental transigieron excesivamente con el nuevo paradigma, renunciaron en gran medida a su esencia y se conformaron con un insulso ordoliberalismo para unirse también al consenso socialdemócrata. Pese a ello, ejercieron muchas veces una importante influencia a favor de

la libertad, y es notable la diferencia entre los países donde estos partidos han tenido peso durante las décadas de *consenso socialdemócrata* (Alemania, Países Bajos, Suiza) y aquellos otros donde nos hemos encontrado en el ostracismo, como Grecia o España. Pero, por desgracia, los partidos liberales europeos no han sabido mantenerse fieles a sus ideales ni evolucionar por un camino propio y diferenciado, y por ello están languideciendo. La pérdida de representación del FDP alemán en las elecciones federales de septiembre de 2013, por primera vez en cerca de setenta años, debería hacer saltar todas las alarmas entre los representantes del *viejo* liberalismo en ese país y en los demás: el modelo está agotado, el camino es otro.

Hasta los comunistas de Europa Occidental se hicieron *eurocomunistas* y jugaron un cierto papel en el sistema socialdemócrata, renegando para ello de la ortodoxia de Moscú. Por ejemplo, en España, Santiago Carrillo pasó de ser el amigo íntimo del sátrapa rumano Nicolae Ceaușescu a reinventarse como dirigente democrático de una minoría parlamentaria, bromeando en público con el rey, mientras, en el otro campo, personajes que habían sido ministros de Franco mutaban también *ipso facto* en demócratas de toda la vida. Nuestra tan idolatrada Transición no fue más que una mala comedia.

En definitiva, al Norte de los Pirineos, y después en España y Portugal, todas las formaciones políticas principales abrazaron entre los cincuenta y los ochenta el paradigma socialdemócrata sin rechistar demasiado. Todos actuaron en la farsa porque todos entendieron que les salía a cuenta.

4. El Hiperestado

Al sistema político-económico que entre todos ellos establecieron se lo llamó pomposamente Estado del Bienestar. Al Estado de Derecho le surgieron apellidos como Social y Democrático (es decir, social-demócrata). Personalmente, lo llamo desde hace muchos años «Hiperestado», y me alegra ver que el término se ha propagado considerablemente. Lo llamo así porque es un Estado hipertrofiado hasta el absurdo. Nos vendieron a todos que ese Hiperestado se iba a costear mediante la redistribución forzada de la mayor parte de la riqueza que produce cada ser humano. Casi nadie cuestionó el expolio inmorral que entrañaba esa pretensión, pero da igual: es que ni siquiera eso era verdad, porque ni siquiera redistribuyendo el cien por cien se habría podido pagar el Hiperestado.

En realidad, **los arrogantes ingenieros sociales y económicos del Estado pensaban costear el sistema, fundamentalmente, con deuda.** Habían abrazado el keynesianismo y se lanzaron a expandir irresponsablemente la masa monetaria y el crédito para financiar su ingeniería social. El bienestar de aquellas generaciones que tenían la suerte de vivir en los años de expansión monetaria artificial se costeaba con una deuda insostenible que se iba lanzando hacia adelante, de legislatura en legislatura, hasta que le estallara en las manos al siguiente político, cuando lo inevitable sucediera y llegara el momento de pagarla. Esa ruta temeraria es la que tomó Europa y a la que se sumó en su momento España. Y ese Estado del Bienestar, alentado por todos —pues todos pretendían algún favor de él— se revelaría en realidad

como el Bienestar del Estado: la proliferación ilimitada de un inmenso aparato público parasitario. Parasitario y también corrupto en mayor o menor medida, en función de la cultura de cada país. Ese aparato vive a expensas de la sociedad civil y nutre una compleja maraña de redes clientelares en simbiosis con el poder, que sustituyen discretamente el orden espontáneo de la economía —y también el de la cultura o el de la solidaridad— por la organización y la planificación deliberadas e interesadas, por parte del *establishment*. Ese aparato estatal gigantesco es completamente insostenible. Por ejemplo, en España gasta cada año, incluso en estos años de crisis, un veinte o veinticinco por ciento más de lo que realmente ingresa (aunque a nosotros nos lo calculen sobre el PIB para que no nos asustemos tanto como deberíamos, y nos digan que «solo» son unos pocos puntos porcentuales).

5. El tercer colectivismo

Friedrich von Hayek acertó plenamente en 1944 cuando criticó en su obra maestra *Camino de servidumbre* a quienes llamaba «socialistas de todos los partidos» y alertó a sus contemporáneos sobre el rumbo que iba a tomar Europa; rumbo que décadas más tarde certificaría Dahrendorf al constatar que el continente estaba ya plenamente sometido al Hiperestado que el *consenso socialdemócrata* había alumbrado y continuaba alimentando.

En efecto, las diferencias entre los grandes partidos se difuminaron, como hemos visto, porque todos asumieron, con diferentes matices y poses, lo esencial de este nuevo pensamiento único. Es incluso comprensible: el

Occidente europeo acababa de dejar atrás una guerra espantosa y la amenaza sanguinaria y demente del nacionalsocialismo, y estaba todavía atenazado por otra terrible amenaza muy similar: la del bloque comunista. **Fueron aquel inmenso y generalizado estrés postraumático y aquel miedo al estalinismo vecino los que entronizaron en esta parte del continente un tercer colectivismo de formas corteses pero de fondo implacable.** Para no caer en el estatismo feroz y despótico, se nos dijo, había que aguantar este otro estatismo más amable y benévolo, que induciría de una forma más suave el mismo objetivo igualitarista de alienación del individuo. En palabras de Hanna Arendt, «solo mediante la igualdad es posible la pretensión principal del totalitarismo: hacer superflua la condición humana».

Las nuevas democracias de posguerra ya no respondían a la mecánica de un poder estatal claramente limitado, dedicado a las pocas tareas básicas de un Estado austero, ajeno al ámbito particular de cada cual y a la pretensión de moldear la sociedad. Se habían convertido en social-democracias con una vocación intervencionista tan grande como la sonrisa con la que seducían al ciudadano. El sistema se había distorsionado para adquirir nuevos y crecientes cometidos que en realidad se orientaban a ampliar el poder estatal hasta una magnitud sin más precedentes que los dos grandes colectivismos totalitarios de los que, en teoría, renegaba y se distanciaba. Este tercer colectivismo puso en marcha toda una maquinaria de ingeniería social mucho más sutil que la empleada por los totalitarios de uno u otro signo pero también mucho más depurada, eficaz e insidiosa. Una maquinaria carísima en dinero y en libertad, y francamente difícil de

desmontar, porque una de sus cualidades es su capacidad de atemorizar a la gente argumentando que hace un frío glacial fuera del cálido abrazo del Hiperestado. El arma más eficaz y perfeccionada del sistema es su habilidad para hacerse percibir como imprescindible, como única alternativa a la *barbarie*, a la *ley de la jungla*.

Con la excusa de implantar toda una nueva generación de supuestos derechos positivos —derechos que en realidad constituían crecientes y costosas obligaciones para todas las demás personas—, el Estado creció con la progresión geométrica de una bola de nieve hasta aplastar la creatividad, hasta controlar y embridar la iniciativa privada en todos los ámbitos de la economía, de la cultura y de la sociedad, hasta cosificar a las personas, hasta alienar la individualidad, hasta desvirtuar el sentido de la propiedad y convertirla en mera posesión *tolerada* por el poder político. El verdadero factor legitimador del Estado, en el paradigma socialdemócrata, ya no era, en realidad, la voluntad de las urnas sino, sobre todo, la capacidad de *dar*.

En el *consenso socialdemócrata*, consolidado ya como nuestro régimen político y económico, la legitimidad formal de los gobernantes es la obtenida en las elecciones, sí, pero la legitimidad política real, profunda, es la que el Hiperestado, cualquiera que sea el color del gobierno de turno, *compra* constantemente *dando* servicios, prestaciones, pensiones, infraestructuras, subvenciones, ayudas, prebendas, cuotas de mercado cautivo, mamandurrias y hasta mordidas. Por eso ahora, en tiempos de crisis, cuando revienta por sus costuras el monetarismo, el Estado sufre altos niveles de cuestionamiento en los países más afectados: porque ya no puede *dar* todo aquello que

él mismo había enseñado durante tantos años, a todo el mundo, a pedirle. Les enseñó a pedirle a él, para ser él quien diera, para hacerse así imprescindible y poderoso, y ahora resulta que se le ha ido de las manos el peligroso juego de inflar burbujas y, mira por dónde, ya no puede cumplir con lo prometido, ya no puede *dar* tanto y esto lo deslegitima. Es en estos momentos de recesión cuando la gente se revuelve en el sueño inducido y está a punto de despertar y ver que, como en la fábula de Andersen, el rey está desnudo, que todo lo que *daba* tenía que salir de algún sitio porque el Estado no es un mago capaz de inventar la riqueza a golpe de varita, sino un gestor interesado que toma la riqueza generada por el esfuerzo de todos y después, como en el refrán, parte, reparte y se queda la mayor parte.

El *consenso socialdemócrata* es un sistema compacto y duro, poco vulnerable, técnicamente muy superior a los colectivismos toscos y sanguinarios de brutos como Hitler o Stalin. Ninguno de los acontecimientos de la Historia reciente le ha hecho demasiada mella. Sobrevivió a la caída del Telón de Acero. Se ha blindado frente a la globalización económica y, con ligeros cambios, parece capaz de coexistir con ella. Y sin embargo, la erosión del sistema es ya evidente y acelerada. Ese declive es de origen interno, como en el caso de la Unión Soviética. El único enemigo letal de este Hiperestado es él mismo, y ya sufra una implosión brusca o un desmoronamiento más paulatino, lo que acabará con el paradigma socialdemócrata es su pura y simple inviabilidad económica, porque es incapaz, lógicamente, de financiarse y refinanciarse una y otra vez al mismo ritmo frenético que incrementa exponencialmente sus compromisos y su gasto. **Es un**

modelo basado en un endeudamiento irresponsable que da pan para hoy —a veces un pan de lujo—, pero hambre para mañana, para la siguiente generación. Por eso en este momento de crisis vemos cómo la generación que hoy tiene menos de treinta años se siente robada e intenta comprender qué demonios ha pasado, por qué la *belle époque* que les contaron sus padres y que ellos mismos conocieron de niños es un globo que se ha pinchado de golpe.

6. Un sistema insostenible al borde del colapso

La crisis actual ha provocado en todo el planeta la aparición de las primeras fisuras de importancia en el *consenso socialdemócrata* de las últimas siete décadas. **A nivel teórico, por supuesto, el modelo estaba ya agotado, pero la crisis ha trasladado esa sensación a la calle.**

De los tres grandes colectivismos nacidos en el siglo XX, los dos primeros, los más burdos, los más torpes, los 1.0, los que simplemente se basaban en la fuerza, fueron sepultados en 1945 y 1989 respectivamente. Ahora, a lo que estamos asistiendo es al principio del fin del tercer colectivismo, del colectivismo 2.0, del colectivismo que seduce presentando un aspecto sofisticado y técnico, y a la vez paternal, maternal, buenista, protector, justiciero. Aunque el socialdemócrata ha sido el colectivismo más duradero de los tres, la fatiga sistémica ya era importante antes de la Gran Recesión en la que estamos inmersos desde 2007. Esta crisis tenía que llegar antes o después porque obedece al ciclo inherente a la política económica monetarista y keynesiana que aplican por

igual todos los políticos de nuestro régimen de socialdemocracia transpartita.

Y ha llegado con una virulencia superior a la que esperaban los guardianes del sistema, revelando a las claras el fallo fundamental e intrínseco del Hiperestado: su insostenibilidad. La impotencia de la socialdemocracia se resume en esta especie de trabalenguas: ni quitando todo a todos puede dar a todos todo lo que promete. Funciona durante un tiempo, durante la falsa bonanza económica, pero tarde o temprano se desmorona y puede dejar muchas víctimas por el camino.

El sistema no es sostenible porque no es libre, porque incurre en lo que Hayek llamaba la *fatal arrogancia* de planificarlo todo desde el Estado, de pretender que una casta de burócratas y políticos biempensantes sustituyan el orden que configura espontáneamente la acción humana descoordinada, basada en millones de planes particulares, de intuiciones acertadas o no, de intereses cruzados que a veces convergen y a veces divergen, de datos tan abundantes y variables que no son computables por un ministerio, y de esfuerzos impulsados por incentivos económicos y psicológicos que solo pueden darse en un marco de libertad.

7. ¿Y si nos hemos equivocado?

¿Y si el rumbo que los europeos decidieron al término de la Segunda Guerra Mundial, hubiera sido un camino erróneo? El mundo occidental, en su conjunto, ha mantenido fijo el timón durante casi setenta años. En el caso español, aunque nos incorporamos a ese camino

a la muerte del dictador, llevamos ya cerca de cuatro décadas recorriéndolo con decisión. El ciudadano común ha llegado a dar por sentado que este régimen es el correcto, y que no hay ni puede haber otro salvo los totalitarios, obviamente descartables.

Aldous Huxley se quejaba precisamente de que los seres humanos tienen el defecto de dar las cosas por sentadas, de aceptar premisas a la ligera. Cuando una premisa está muy asentada en la cultura, pasa a ser tan invisible como visibles son sus efectos. Por eso ahora cuesta muchísimo abrir los ojos a la gente respecto al rumbo fijado desde hace tantas décadas: porque se basa en premisas firmemente ancladas en el subconsciente de la mayoría. Desde pequeños nos han inculcado este paradigma que ahora se está resquebrajando. Se nos ha enseñado a no cuestionarlo, a no considerar siquiera la opción de sustituirlo —anatema que se castiga con el implacable ostracismo social, académico y político reservado a los peores enemigos públicos—. Se nos ha convencido de que cualquier alternativa implicaría perder aún más libertad y soportar un Estado todavía más duro. Y se nos ha obligado a articular todos nuestros conflictos y consensos, todo nuestro debate, dentro del modelo y bajo sus reglas escritas o tácitas, porque no en vano vivimos *en el menos malo de los sistemas*.

Por eso creo que sí, que las sociedades occidentales se equivocaron profundamente al intentar hacer por las buenas lo que los totalitarios no habían logrado hacer por las malas: implantar desde el Estado una utopía. La fantasía política de Olof Palme era eso, ficción, y la famosa Suecia, cuna de la socialdemocracia, hace ya más de diez años que renegó de aquel sistema y ensaya

modelos alternativos basados en la libertad, desde el sistema de pensiones hasta la educación, mientras reduce una carga fiscal que había llegado a quitarle a la gente nueve décimas partes de su ingreso durante los años de máxima locura. Los suecos saben que se equivocaron y, en general, están reaccionando. El resto de Europa, y en concreto España, ya es otra cuestión.

Nuestras sociedades se equivocaron al convencer a generaciones enteras de que tenían derecho no ya a trabajar, sino a que alguien les brindara un puesto de trabajo concreto; no ya a comprar o alquilar una vivienda, sino a que los demás se la construyeran y se la alquilaran a pérdida o se la regalaran; no ya a contratar servicios esenciales, sino a que los demás ciudadanos trabajaran para costárselos. Se equivocaron al creer que los derechos de una persona obligaban a las otras personas a sacrificarse para pagárselos, y que además tales derechos podrían crecer sin límite, como si eso no fuera a ahogarnos a todos al confiscarnos sin piedad el producto de nuestro esfuerzo para alimentar la voraz máquina redistributiva estatal.

Nos equivocamos al idealizar el Estado, al colectivizar todo lo que tenemos y ponerlo a él a gestionarlo, al hacerlo omnipresente por haberlo creído omnipotente; nos equivocamos al suponerlo capaz de hacer la felicidad y de repartir, con su cuerno de la abundancia monetaria, una prosperidad sin fin. Nos equivocamos al pensar que el Estado debía tomar y redistribuir de forma sistemática y planificada la riqueza que con tanto esfuerzo produce cada uno de nosotros. Y nos equivocamos al confundir riqueza con deuda.